

CONSEJO DE REDACCIÓN

Luis Baliña, Ludovico Videla, Alberto Espezel, Rafael Sassot, Rebeca Obligado, Carlos Hoevel, Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Jorge Saltor (Tucumán), Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Cristina Corti Maderna, Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, M. France Begué, Jorge Scampini o.p., Isabel Pincemin, Andrés Di Ció, Adolfo Mazzinghi, Matías Barboza, Luisa Zorraquin de Marcos, Agustín Podestá, Ignacio Díaz.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Prof. Carola Blaquier, † Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, Dr. Florian Pitschl (Brixen)

Director y editor responsable: Pbro. Dr. Andrés Di Ció

Vicedirector: Dr. Francisco Bastitta Harriet

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

Editorial	3
Thomas Söding La profecía de la vejez. Una promesa en el Nuevo Testamento.	6
Bernard Schumacher Recibir la ancianidad	17
André Vingt-Trois Un momento de verdad.	27
Ysabel de Andia Meditación sobre la pérdida de la autonomía y el abandono.	32
Ivica Raguž Una pequeña teología de la vejez	37
Luis Baliña Envejecer como acontecimiento de la misericordia	53
Matías de Martini El desafío de una mirada positiva sobre la vejez	58
María Isolina Dabove Derecho de la vejez. Principios y alcance	66
Grégori Solari La Presencia, la Palabra y el mal de Alzheimer	74
PERSPECTIVAS:	
Alberto Espezel Resurrección y teología actual	80

La Presencia, la Palabra y el mal de Alzheimer

—

Grégory Solari *

¿Cómo *decir* a la persona dañada por el mal de Alzheimer? O más bien, ¿cómo *se expresa* la persona con Alzheimer? Detrás de estas preguntas yace la misma preocupación en el mundo del tratamiento: ¿cómo encontrarse con la persona que inexorablemente se repliega y se encierra gradualmente en el silencio? Para aquellos que, como yo, recurren a la teoría de la identidad narrativa de la persona para evaluar su capacidad de valorar, es decir, para expresar elecciones, para tomar decisiones, esta preocupación se asemeja más a una inquietud, casi una angustia: ¿este silencio que espera al paciente con Alzheimer no hace obsoleta una teoría de la personalización basada en la palabra (narración, historia, etc.)? La pregunta presupone una identificación: la de la palabra con el decir – el logos. Es esta presuposición la que me gustaría cuestionar en estas páginas.

Recordemos rápidamente los elementos esenciales de la teoría de la identidad narrativa. La personalidad se constituye a través de una historia; esta historia está constituida por un tejido narrativo; este tejido narrativo abre posibilidades de existencia a través de las *impresiones* que evoca; de estas impresiones surgen imágenes que, a su vez, constituyen el motor de una acción que constituirá la personalidad. Este es el momento llamado de la “configuración” en la teoría de Ricoeur. Por lo tanto, la personalidad está vinculada con el lenguaje (narratividad) y con la imaginación (una forma de “implementar” apropiándose de lo que se dice). Sin embargo, en el hecho del encuentro con el otro, es decir, de estar cerca de él, atento a su presencia en persona, a pesar del papel que juega el lenguaje en la constitución de su personalidad –y por lo tanto, del significado, del logos–, la personalidad en cierto modo excede lo que se puede decir de ella. Permanece “no-significable”. Pero imaginable. En la composición lenguaje / imaginación que constituyen los primeros elementos de la identidad narrativa, la imaginación excede lo que el lenguaje puede decir. Pero las imágenes dependen de las impresiones sentidas: de un momento “pático”, sin el cual ni la imaginación ni la personalización serían posibles.

* Profesor en la Universidad de Friburgo y en el Instituto Católico de París.

Es lo que ilustran los ejemplos presentados por aquellos que defienden la capacidad de valorización del paciente con Alzheimer: la elección de un valor no proviene de un discurso (logos) sino del efecto (pathos) producido en ellos por las actividades que ofrece el centro de salud. Lo que caracteriza esta capacidad de valorar es la espontaneidad de elección. El paciente de Alzheimer reconoce algo de sí mismo: se reconoce a sí mismo a través de algo que se siente bueno para él, espontáneamente, sin evaluación previa. Es decir sin logos. Ni palabras para decirlo. Un “no dicho” actúa en la capacidad de valorar, como actúa en el momento de la configuración. Nuestra pregunta inicial se reduce a esto: *¿cómo decir esto no dicho?*

¿Pero debemos tratar de decirlo? En la categoría de lo no enunciable, el filósofo inglés Wittgenstein nos enseñó que “sobre lo que no podemos hablar, debemos permanecer en silencio”*. Es la paradoja de este intervalo entre la persona dada y su personalidad a ser constituida: el dicho y el decir juegan un papel importante en el momento de la configuración de la identidad narrativa, sin embargo, al “guardar silencio”, sólo podemos “leer entre líneas” la historia que se escribe. Es decir, presentir lo que está sucediendo. “Sobre lo que no podemos hablar, debemos permanecer en silencio”. Podemos agregar aquí con aquellos que no pueden hablar, debemos permanecer en silencio. Ni un silencio avergonzado por el sufrimiento, ni siquiera un silencio de respeto. Pero como la resonancia, de nuestro lado, de lo que se experimenta en la recesión progresiva de la persona con Alzheimer –desde su figura familiar hasta una *configuración invertida*: la infligida por la enfermedad, al revés.

En otras palabras, es necesario permitir el silencio como el momento en que la palabra (el logos) de la persona enferma fluye hacia la dimensión pática de su ser. *El silencio como empatía*: expresión de su valor a nuestros ojos. ¿Comunión?

El filósofo alemán Viktor von Weiszäcker señala que la presencia (del otro) se alcanza donde se prueba: en su dimensión pática†. Lo pático “es personal”, en el sentido de que su modo de ser no es el de las cosas (seres). El psiquiatra y filósofo alemán Erwin Straus expresa lo mismo de manera diferente: lo pático “no concierne al *qué* sino al *cómo* de una donación o encuentro, es decir, el estilo de nuestra comunicación con el mundo y ,en primer lugar, con los demás”‡. Digamos a la luz de esto que si el logos del pathos es sordo (como la configuración procede de la prefiguración y la personalidad de la persona dada), en el caso de la enfermedad de Alzheimer, debemos aprender ante

* *Tractatus logico-philosophicus*, Introducción, Paris, Gallimard, p. 11

† *Anonyma*, Bern, A. Francke, 1946, p. 19.

‡ Erwin Straus, «Geschehnis und Erlebnis», *Ausgewählte Vorträge und Aufsätze*, II, Bern, Franck, 1955, p. 147-153.

todo, cómo no decir o más bien: aparte de decir con palabras, “de lo que no podemos hablar”. La persona, en general, no sólo en el caso de Alzheimer, está fuera del terreno, (conceptual, en el sentido del *Be-griff* alemán), de las palabras.

Según el lingüista francés Gustave Guillaume, de hecho es necesario distinguir en las “lenguas habladas”: la *palabra de la lengua*, es decir, la palabra “fijada” en el lenguaje como se “fija” una imagen, y la *palabra del discurso (el habla)*, la palabra viviente.

Cada enunciado va precedido y al mismo tiempo motivado por un “a decir” que la persona anticipa o urge, sin articularlo sino en el pensamiento. El lenguaje opera la mutación de esto indecible en un decible según un proceso que se calibra desde una indecibilidad extralingüística hacia una decibilidad primero mental después oral o escritural[§]. Las palabras, entonces, toman el lugar de las cosas: designan, apuntan, describen, en resumen: objetivan. En idiomas con palabras, la parte de la “palabra de la lengua” es muy amplia; en la palabra del discurso (el habla), la proporción de palabra fija en el lenguaje es, por el contrario, mínima. En otras palabras, la palabra del discurso (habla) debe pasar por el lenguaje instituido; se produce entonces una tematización del “decir” en objetividad (lo dicho, la palabra). Condicionados por un sistema de predicados preestablecidos y relaciones preformadas, nos referimos al lenguaje (la lengua) como un objeto. En otras palabras: la consideramos como una entidad lógica y óptica (y con ella los objetos que las palabras “recuperan”), y nos impedimos, mediante esta objetivación en la que nos instalan los idiomas con palabras, de permitir la dimensión “pática” del lenguaje. Un ejemplo de esta objetivación se puede encontrar en la confusión del corpus (órgano del lenguaje) y el léxico (diccionario de palabras constituidas) que funciona en los juegos de formación de palabras. El corpus ya no es un cuerpo animado, que significa (un “cuerpo propio: un *Leib*, en el sentido del filósofo alemán Husserl), sino un cuerpo-objeto (un *Körper*), para el cual, por ejemplo, la persona que sufre Alzheimer se presenta como un “paciente”; es decir, como objeto y como concepto.

¿Cómo expresar a la persona, y mucho menos a la persona vulnerable, con un “lenguaje objeto” que, además, objetiva lo que significa? La dificultad proviene de la obliteración de la dimensión “pática” del lenguaje (la lengua del discurso, del habla); la reducción del lenguaje a su funcionalidad lógica y óptica, y no una imposibilidad de principio para comunicarse de manera significativa con el otro en su alteridad (incluso cuando éste se ve como redoblado por la enfermedad) Por lo tanto, se trata de decir de otro modo que con

[§] Cf. Gustave Guillaume, *Leçons de linguistique, 1956-1957*, Presses universitaires de Lille/Presses universitaires de Laval, Québec, 1982, p. 24

palabras la persona “sin calidad” (Musil); invertir el movimiento “trascendente” del lenguaje, como remontando su curso: partir de las palabras constituidas en la dirección de su fuente. En otras palabras, necesitamos suspender el momento “lógico” que constituye el marco habitual dentro del cual nos encontramos con el otro y somos empujados desde el principio, de manera refleja, a categorizarlo, y dar lugar a lo que Erwin Straus llama el “momento pático”: “La comunicación inmediata que tenemos con las cosas en el fondo y al ras con su modo de donación sensible (...) Lo pático pertenece al estado más original de lo vivido (*ursprüngliches Erlebnis*)”. **

Este “momento pático” sordo no es logos sino eros; puede entenderse como el estrato más profundo del lenguaje: su razón de ser al mismo tiempo que su dinamismo más originario. Porque ¿qué hace posible la lengua, en el fondo, antes de designar o definir como lo hace cuando el lenguaje del habla atraviesa el prisma de las instituciones de significado (lenguajes constituidos) y deviene lenguaje de palabras: qué permite el lenguaje, si no podemos estar con personas y cosas? O bien que podamos mantener esta proximidad cuando están a distancia, o han desaparecido. Este silencio “pático”, que también es “com-pasión” frente al sufrimiento del otro, se encuentra fuera del lenguaje de las palabras; o más bien: en los “márgenes del léxico”. Pero aún así dice una palabra, pero mucho más, por la presencia, la atención, una mirada o un gesto: amor. La única palabra finalmente adecuada ante la persona que la enfermedad de Alzheimer coloca “en los márgenes de la acción”. Dice el valor que la simple presencia de la persona pone ante nuestros ojos, incluso cuando su existencia está reducida a la sola posibilidad de “estar ahí”.

“La amistad y el amor”, escribe el filósofo Henri Maldiney, “son hechos de llamadas silenciosas en un espacio ya abierto por la recepción. No se fuerza el secreto del otro”††

Las personas están menos en contacto directo entre sí, “los ojos en los ojos”, que en el destello de un escape lateral: en la zona marginal de las representaciones, donde todavía no se presenta nada, excepto las posibilidades de gran encuentro del otro. En este sentido, lo marginal es lo que nos acerca al ser del otro. Porque como un “hermoso escape”, se extiende hasta el horizonte siempre abierto. El silencio es marginal en este sentido, y al mismo tiempo

** Erwin Straus, *Die Formen des Räumlichen*, Springer, 1960, p. 34.

†† Referencia por venir. Esta opacidad, esta marca de resistencia de la otredad, es también una marca de la realidad del otro. En la amistad o el amor, donde la sorpresa del ser es la misma que la del encuentro, el ser de cada uno es confirmado en él por la recepción del otro. Esta capacidad de recepción del otro señala que apertura marca y al mismo tiempo constituye la persona.

esencial: continúa diciendo la personalidad cuando el horizonte de sus posibilidades se reduce. Respetar los “márgenes de acción” de la persona vulnerable requiere el derecho a otra palabra: “una palabra de expectativa, tal vez silenciosa, pero que no deja a parte el silencio y el decir y que hace del silencio ya un decir” (Maurice Blanchot)^{‡‡}. En este sentido, el silencio es la última palabra de la identidad narrativa. Una palabra como “al final de la lengua” para citar un título de Pascal Quignard, y que la persona vulnerable espera de nosotros y que nosotros podamos pronunciarla con ella. O para ella cuando está impedida o la muerte ha prevalecido. “El ser perdido que hace una llamada en el espacio vacío requiere una presencia desde la cual, allí, se abre un nuevo espacio que le da un sitio”^{§§}. Esta forma de estar allí, simplemente presente cerca del otro, mientras su presencia se desvanece, es mantener entre él y nosotros este “espacio vacío”; es para permitir que se escuche *todavía* pero de *otro modo*, la llamada a ser a partir de la cual el oyente lanza a la persona en el camino de su personalización. Sin embargo, la constitución de este espacio de silencio ya no obedece a la intención de hacer posible un acto de valorización. No quiere solicitar la imaginación. En silencio dice que la persona que se apaga cerca de nosotros tiene un valor infinito a nuestros ojos.

^{‡‡} Maurice Blanchot, *L'Écriture du désastre*, Paris, Gallimard, 1980, p. 98

^{§§} Henri Maldiney, *Penser l'homme et la folie*, *op. cit.*, p. 294.